La obra, dentro de las limitaciones materiales que impone una edición de bolsillo, es ejemplar en cuanto a la limpieza de erratas en el texto. No obstante, aquellas limitaciones materiales influyen negativamente en algunos aspectos, como en la ubicación del denso aparato de notas, que De la Torre sitúa al final de cada uno de los capítulos. Una deseable segunda edición ampliada aconsejaría, con un formato algo mayor, la colocación de las notas a pie de página, o al menos al final de la edición, a fin de evitar en lo posible la lectura simultánea, doble o paralela que hay que llevar a cabo: la del texto principal y la de las notas. Sería oportuno también, en tal deseable segunda edición, prescindir en ocasiones de algunas expresiones que denotan excesiva influencia de la forma original de tesis universitaria, e incluso incorporar al texto principal buena parte del texto de muchas notas, por ser el contenido de éstas, en más de una ocasión, no menos relevante que el del texto anotado.

Otra cuestión que plantea esta obra, o al menos que claramente se infiere después de su lectura, es la no menos deseable edición de las obras completas de Ricardo Molina, incluyendo una conveniente selección del epistolario del poeta. Con cierta frecuencia, De la Torre menciona, y reproduce en parte, textos inéditos cuya relevancia aconseja la oportunidad de esa edición completa, mejorando, por lo que a la poesía se refiere, la meritoria edición que en su día publicara Antonio Ubago.

En suma, con independencia de desacuerdos particulares, que son inevitables en relación con la glosa de la vida y de la obra de un poeta como Ricardo Molina, especialmente porque (venciendo la tentación del encerramiento exquisito en la «torre de marfil») no se limitó a tal condición relevante, la de poeta, sino que supo abrirse a horizontes más amplios de la literatura y de la vida, esta obra de José María de la Torre se sitúa en un lugar de prominencia que habrá de ser ineludiblemente frecuentado por quienes se interesen por la poesía del poeta de *Cántico*, quizás la voz más alta y completa de aquel grupo y una de las que necesariamente habrá que tener siempre en cuenta en relación con la poesía revelada después de la última guerra civil española.

Francisco Lucio

Lecturas

La serpiente que escribe*

Negro sobre blanco: he aquí la escena inicial. ¿Cómo puede *decirse* el blanco? Sólo mediante el negro. Pero esa voz negra del blanco será necesariamente imperfecta, disonante, inarmónica, pues el blanco es por definición *lo que calla, lo que no se dice, lo que no se revela.* El lenguaje, la escritura, aparecen así como destellos casi imperceptibles, como fragmentos deformes de un cuerpo tercamente silencioso. Destellos, fragmentos: garabatos.

Numerosas son las definiciones del garabato que ofrece en este libro Orlando González Esteva (Oriente, Cuba, 1952). Más que de definiciones, cabría tal vez hablar de iluminaciones, conexiones, vínculos, acercamientos, pues este *Elogio del garabato* está poseído, como el propio autor lo confiesa en las páginas iniciales del libro, por lo que Roger Caillois llamara *el demonio de la analogía.* En efecto, todo puede ser un garabato, todo puede concebirse como un trazo rápido y difuso que nos habla de una realidad que sólo de este modo precario puede manifestarse. Como se dice en uno de los pocos textos en verso (frente a una mayoría de textos en prosa, con frecuencia muy breves) que integran el libro, *todo traza un garabato.*

Cuatro son las secciones que integran este *Elogio del garabato.* La primera constituye verdaderamente una «razón del elogio», en la que el autor evoca algunas escenas infantiles o juveniles que justificarían más tarde su pasión por el garabato y, por tanto, la escritura de este libro: un niño acostado bocabajo imaginando formas y figuras en las losetas anubarradas del piso de su casa, un adolescente trazando signos enigmáticos con cordeles empapados en frascos de pintura o un joven

* *Orlando González Esteva,* Elogio del garabato, *Editorial Vuelta/ Ediciones Heliópolis. México, 1994.*

travieso balbuceando incoherencias para hacer rabiar (y reir luego) a sus parientes. Todas estas rememoraciones nos hablan de una *vocación por lo indeterminado,* por aquello que es capaz de alentar *el reino de lo infinito posible.* Pues, como señala Orlando González Esteva en esta primera sección de su libro, «si toda mancha esconde una imagen, todo disparate alienta una lógica». La búsqueda de esa lógica, de ese trasmundo, de ese sentido que permanece latente en todo sinsentido, aparece constantemente en las páginas de este libro.

Pero las razones de este singular elogio no residen únicamente en las visiones y devociones de la infancia. La invitación a leer sus poemas en la inauguración del *Taller del garabato,* una librería del suroeste de Miami, alienta al autor a escribir una serie de textos que responda cabalmente a la peculiar ubicación de la librería: situada en medio de un almacén de muebles, de una ortopedia, de un restaurante criollo, de un cementerio y de hoteluchos especializados en encuentros clandestinos, la librería parecía ser fiel a su propio nombre. Así, un abigarrado garabato urbano propiciaba la escritura de un *Elogio del garabato* compuesto, a su vez, de una larga serie de garabatos verbales de gran belleza.

Tras enumerar y comentar las diferentes y variopintas acepciones que la palabra *garabato* recibe en el diccionario, el libro desemboca en su sección central, en cuyo frontispicio se lee esta significativa cita de Giorgio de Chirico: «¿Y qué voy a amar si no es el enigma?». Contiene esta sección numerosos textos dominados por la lucidez de pensamiento, el esplendor de las analogías, el acierto a la hora de escoger los objetos de meditación, la suprema limpidez y la alta tensión del discurso (en la mejor tradición de autores como Lezama Lima o Severo Sarduy) y una prodigiosa capacidad imaginativa.

La cuarta y última sección del libro se titula «El taller». Un solo texto la conforma, un texto que es un lamento por la librería que hubo de cerrar sus puertas a los diez meses de inaugurada, pero también una celebración, un *elogio,* una vez más, del garabato, que «continúa revolviéndose, garrapateando con su punta invisible el polvo y el aire del camino que lleva al Árbol de la Vida».

En su ensayo «El signo y el garabato», incluido en el libro del mismo nombre, Octavio Paz ha definido el garabato como «un signo no sólo indescifrado sino indescifrable, y, por tanto, *in-significante*». Es precisamente esa insignificancia, esa mudez extrema del garabato lo que le permite emitir señales (oscuras, casi imperceptibles) de lo que habita en el silencio radical, de aquello que Valéry denominó *lo real.* Para Orlando González Esteva, «garabatear es rasguñar el cristal empañado por el aliento de lo inmediato indecible», y es esta acción ciega del borde de nuestras uñas la única capaz de conducirnos a la más alta videncia. Como la serpiente del origen enroscada en el árbol, el garabato nos ofrece acceder a los dominios secretos, prohibidos, de la realidad. La única condición es alzar la mano y desgajar el fruto, esto es, arrancarlo del lugar de su inaccesibilidad a través de la escritura, nombrarlo, siquiera oscuramente, decirlo con palabras ciegas que ya sólo saben palpar. Pero a veces, y es este el caso del libro de Orlando González Esteva, es esa misma serpiente la que se lanza sobre nuestro cuerpo y se enrosca en él para llenarlo de signos indescifrables. Entonces hemos sido poseídos por la serpiente que escribe y nuestro propio cuerpo se convierte en el cuerpo de su escritura.

Rafael-José Díaz

El morbo entre el esplendor*

La tradición del malditismo cuyo fundamento es usual atribuir a los románticos, se mantuvo sin quiebras a lo largo de todo el siglo XIX. Pero fueron los modernistas

* *Pedro J. de la Peña.* El feísmo modernista (Antología). *Hiperión. Madrid.*